

La psicología de Descartes a través de tres siglos

Autor:
Jakob, Christofredo

Revista
Anales de Instituto de Psicología

1938, N°2, pp. 297-327



Artículo

La psicología de Descartes a través de tres siglos (*)

POR EL PROF. DR. CHR. JAKOB

Podrá discutirse la significación de su filosofía, su posición religiosa, su acción en física, en astronomía o en biología, todo se podrá en Descartes criticar, exaltar o disminuir en cualquier sentido, pero en un punto, amigos y adversarios, deben coincidir: en que Descartes fué un razonador privilegiado, dotado de un poderoso cerebro, un pensador independiente con un entusiasmo por la verdad como pocos contemporáneos la tuvieron y un hombre de letras con ideas claras y formulación precisa de su pensamiento; un verdadero sabio universalista, con la pluma mejor afilada de su época y que hoy todavía causa admiración por su exposición concisa y lógica.

No es menos importante, para los pocos que leen realmente sus tratados, constatar que es un modelo de investigador moderno, que desea elaborar personalmente, en lo posible, su documentación, sea experimentando en física o en química, sea trabajando en anatomía o embriología y si, en sus experimentaciones, algo no ha podido llevar a su término, no trepida en

(*) Conferencia pronunciada en la Sociedad de Psicología de Buenos Aires.

decirlo y no juega al “mamífero misterioso”, como suelen hacerlo en nuestros tiempos tantos “sabios” menos sinceros,



Fig. 1. — Carátula de la primera edición latina de las obras de Descartes, Amsterdam 1664.

con intención de hacer creer que lo saben todo, si bien no podría suprimirse aquí la constatación de que Descartes en su

dialéctica poderosa, atribuye a los hechos conocidos o investigados, frecuentemente, demasiado poder demostrativo.

De todas maneras debe interesarnos aquí revisar con algún detalle sus ideas más salientes en psicología, ciencia, que si bien no la menciona especialmente en sus obras, le ocupa sin embargo en cada página de sus tratados fundamentales, y si eso para muchos de ustedes no serán novedades, me permitiré reunirlos aquí bajo la luz de la psicología orgánica.

Debido a su dogmática posición filosófica, la metafísica escolástica corriente es para él el fundamento de toda la filosofía, y como filosofía en su época era la totalidad del saber de las ciencias, resulta ser la metafísica la base para todas éstas (1). Siguiendo al pie de la letra su exposición, la metafísica eclesiástica constituiría las raíces del árbol filosófico, su tronco sería la física y sus ramas las diferentes ciencias, como la mecánica, la medicina, la ética, etc.

De manera que también la metafísica fundamentaría a la psicología o ciencia del “alma”. Alma o “res cogitante”, es para Descartes, el conjunto de las funciones psíquicas conscientes y en primer término el intelecto. (Las láminas adjuntas pertenecen a la edición latina de sus obras, hechas por un amigo de él según sus indicaciones y las compararemos con ilustraciones actuales originales de otros autores).

Llegamos ya de entrada a una fundamental dificultad en el sistema cartesiano: el alma reside y actúa según él, en todas las partes del cuerpo, pero “especialmente” en el cerebro, allí podríamos interpretarla como una especie de “fuerza vital”, aquí sería el órgano del razonamiento y sólo aquí sus funciones merecen la designación de “conscientes” y por lo

(1) En forma análoga, hoy día, los filósofos hiperidealistas pretenden lo mismo para su *teoría del conocimiento*, ignorando que el hombre, sin saber nada de las sutilidades fenomenológicas, ha sabido vivificar y organizar el “árbol de las ciencias” sólo con su genuino amor a la verdad.

tanto cogitante, en el cuerpo tendrían a lo sumo que ser infra o inconscientes y por consiguiente el alma cartesiana pensante resulta descendida aquí a la concepción aristotélica de la psique vegetativa de las plantas, de la sensibilidad y la motricidad en los animales y en el hombre, y recién en éste, y sólo en su cerebro, sería “noetiké” (razonante).

Este concepto del “alma corporal” debería haberlo extendido, aceptando una “graduación” a los animales otorgándoles algo de “res cogitante” (o por lo menos pre-cogitante), pero Descartes suprime toda posibilidad de ello y con esto se ve obligado a fundamentar su gran error psico-biológico del concepto mecánico de la vida; de todos modos queda a obscuras la función del alma cartesiana en el cuerpo, donde como “res pensante” no tendría nada que hacer, si todo allí es mecánico!

Investigaremos ahora los cuatro puntos fundamentales de su psicología a la luz de nuestros conocimientos neurobiológicos actuales.

A. Qué es el pensamiento según su teoría y qué debe ser realmente.

B. Cómo se forma y actúa la memoria, el material básico del pensar.

C. Cómo se interpretan y clasifican los afectos dinámicamente en su sistema.

D. Qué relación establece él entre “res cogitans” y “res extensa”, el problema de la sinapsis central.

Para encontrar la clave de comprensión y con esto las verdades y errores de un sistema, es menester examinar sus fundamentos —que en las obras generalmente se desarrollan en las primeras páginas y de donde nace todo el resto más o menos verdadero o falso—. Con Descartes pasa lo mismo, en la segunda página está el famoso *cogito, ergo sum* (pienso, luego existo, *je pense, donc je suis* y sobre este axioma construye su

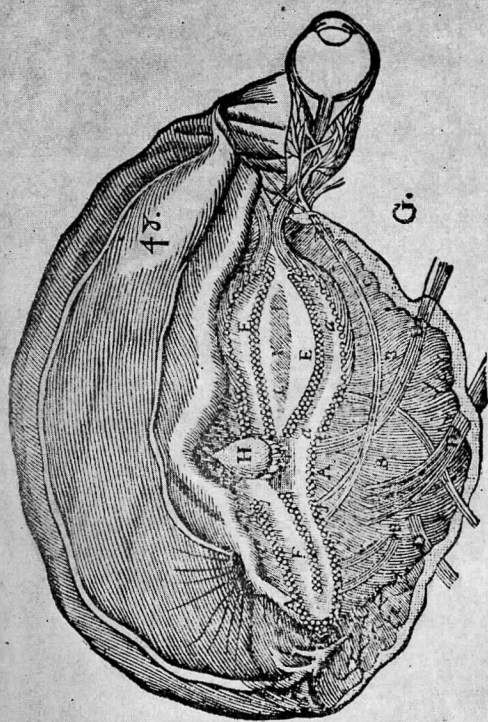


Fig. 2. — Relación de la glándula pineal (H) con los nervios sensitivos
y motores (A,B) y los ventrículos cerebrales (E,F) según Descartes.
Los hemisferios con circunvoluciones tapadas.

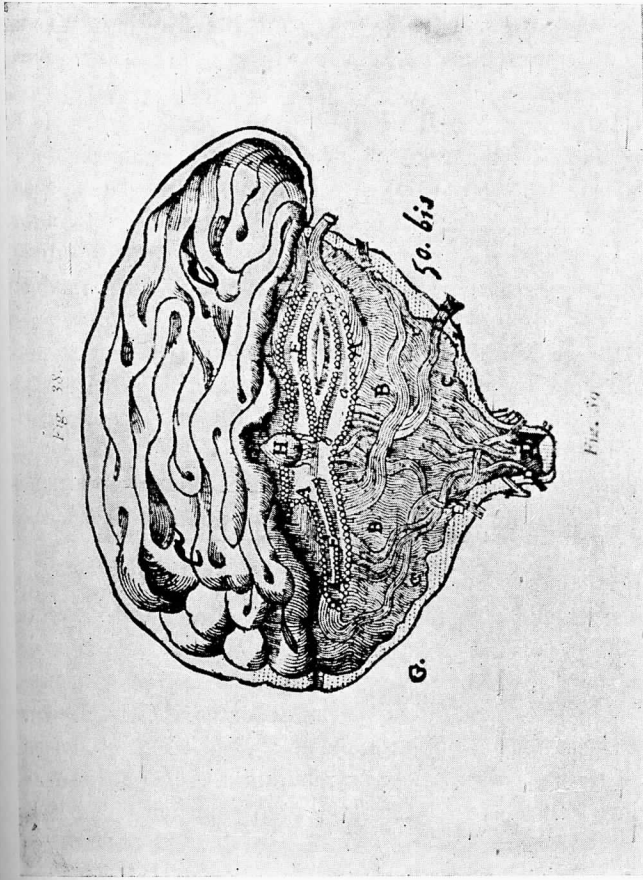


Fig. 3. — Ubicación central de la glándula (H) entre los hemisferios con sus circunvoluciones desordenadas (C), ventrículos (A) y nervios (B), según Descartes

ro sin eliminar, no menos evidentes errores o posibilidades de errores y por esto no sirve como base absoluta y estable para el edificio ulterior de su sistema. San Agustín ya había adelantado que la existencia del *yo* y el conocimiento de la misma, era un hecho completamente seguro (1) y que también, para dudar de algo, se necesita el *yo* (*dubito, ergo sum*), pero nadie antes de Descartes había hallado allí la base segura de la filosofía y el criterio absoluto para la verdad; demasiado se conocían desde los escépticos los errores y engaños del pensamiento individual y colectivo de todos los tiempos y el *cogitare clare et distincte* no parecía ser de una seguridad infalible, hecho sostenido en todos los tiempos, especialmente también por el dogmatismo cristiano.

Además se debía aún argumentar que sólo en el estado normal del intelecto “podría sostenerse” el valor del aforismo, ya que un alienado con “doble conciencia” resultaría que existiría dos veces.

Pero encontramos más en el aforismo. En cuatro direcciones diferentes es posible interpretar el error: biológica, psicológica, lógica y filosófica, y su discusión será de provecho para enfocar nuestra posición filosófica.

a) *Argumentación biológica.* “Cogito, ergo sum” pero de aquí no se deduce que la inversa *non cogitando non sum* sea verdadera, ya que en estado embrionario no podemos pensar, pero sin embargo, indudablemente, debemos existir. Es que en el fondo, el aforismo (2), tiene sólo aplicación en el momento, porque ni para ayer ni para mañana tiene aplicación absoluta, sino sólo como “posibilidad” o “probatividad”. Es un axioma solipsístico porque en realidad dice: “ahora” sé que pienso y existo. Mejor hubiera sido el plural, porque una

(1) *Mihi esse me idque nosse certissimum.* (Lib. 2 de libr. arbitr.).

(2) Se afirma también, que no se trata aquí de un silogismo, sino de una constatación. De todos modos la afirmación se presenta bajo forma de silogismo.

mayor seguridad sobre nuestra conciencia la recibimos del pensar colectivo que confirma la perduración de la existencia

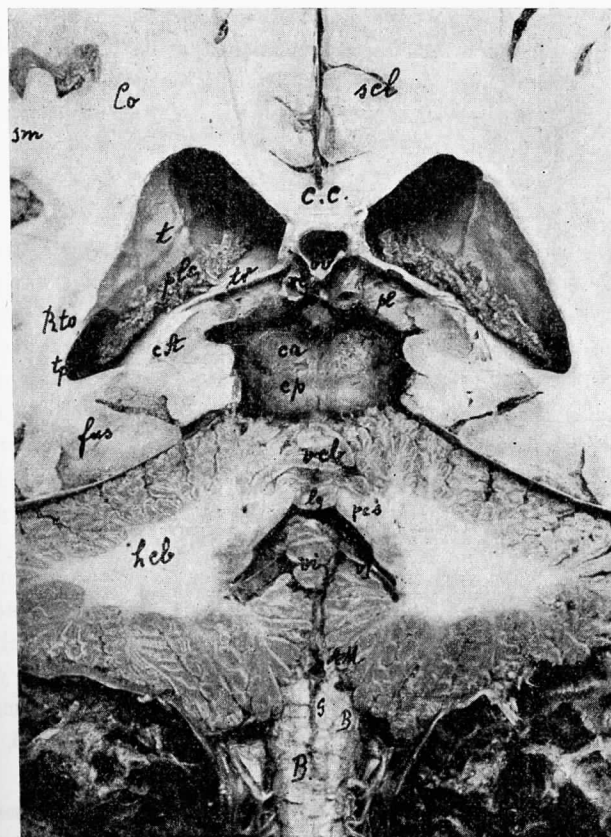


Fig. 5. — Topografía de la epífisis humana (e) en corte vértico-transversal (original).

individual, es decir, también para épocas en que no habíamos podido pensar.

b) *Argumento psicológico*. Descartes nos afirma que no hay nada más seguro para nosotros que nuestro propio pensamiento, pero no define ni defiende su posición. Dice solamente que bajo pensar se entiende toda función consciente del alma: ideación, sensación, pasión, etc. Y esto no basta, ni aclara ni agota la definición. Veamos (1): Pensar es por lo pronto una ocupación con algo, un proceso vital de relación; nada nos enseña que se pueda pensar sin vivir ni que todo lo que vive piensa, como ya hemos visto.

Pensando establecemos relaciones entre experiencias (vivencias) anteriores y actuales y tanto más discurre el tiempo, tanto más aumentan las primeras, de modo que se podría sostener que en el pensamiento maduro domina en forma creciente lo anteriormente experimentado y fijado, es decir, el contenido conmemorativo. Debemos saber ahora qué es una experiencia. Para ser lo más breve posible, sostenemos por lo pronto, que cada experiencia es un proceso sensomotor (no existen vivencias puramente sensoriales, ni puramente motoras). Nuestro órgano central está, en todas sus funciones, orientado sobre la base: *excitación-reacción*, sea esto visible o no, y lo que se “deposita”, como recuerdo utilizable tampoco puede ser ni puramente sensitivo (imagen) ni exclusivamente motor (instrumentación), sino un equivalente dinámico del mismo carácter senso-motor, por simple o complejo que sea y seamos o no conscientes de él. Cada recepción se transforma necesariamente, y acto propio en alguna forma, en efecto, cada “carga” provoca una descarga”.

Aquí está precisamente el error fundamental de los sensualistas que no reparan en la reacción indispensable, exteriorizada o no, y que, unida a la impresión antecedente, forma el verdadero elemento dinámico-psíquico, y sea éste, reflejo, ins-

(1) Consúltese; Chr. Jakob, *Del mecanismo al dinamismo del pensamiento*. *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, 1918.



Fig. 6. — Corte histológico transversal de la epífnis de un feto humano de 4 meses, observándose su porción endimaria (basal ep.) y extraventricular (dorsal d) por debajo del receso suprapineal del 3er. ventrículo (v. III).

tintivo o consciente, gnosis, praxias o simbolias, todos son fenómenos sensomotores debido a la organización fundamental del sistema nervioso elemental o supremo. Así como en la energética física no desaparece ningún impulso sin reacción viva o latente, lo mismo pasa con la energética psíquica. La separación en ambas fases es puramente una abstracción, pero que en realidad no existe, y tener conciencia de ello es sólo un grado de mayor intensidad y complejidad de ese principio universalmente válido; tenemos conciencia entonces sólo de procesos senso-motores.

Pensar significa, entonces, ocuparse con tales procesos dinamizados y el pensamiento nuestro tiene que ser de análoga constitución, como lo hemos demostrado con nuestra teoría de los microdinamismos senso-motores corticales (1).

En su tratado de las pasiones, el mismo Descartes reconoce ese fundamento cuando afirma que “cada pasión es, vista del otro lado, una acción”. Ahora bien, “cada acción” necesita un lugar adecuado y sería por lo tanto “res extensa”, luego la función esencial del alma, el pensar, sería *res cogitante* y extensa a la vez y la separación tan absoluta, que hace el sistema cartesiano entre ambos principios, no sería, en realidad, sostenible.

c) *Argumentación lógica.* No se puede pensar sin objeto; el “pensar puro” del hiperidealismo es una ficción, si bien el objeto puede estar fuera o dentro de nosotros; lógicamente debería decirse: pienso en algo y por consiguiente deben existir sujeto y objeto con igual probabilidad. Del objeto se puede hacer tanta abstracción en el pensamiento como del sujeto, pero una abstracción ideativa no significa nunca una eliminación real.

Leibnitz había agregado al “Nihil est in intelecto... etc.”

(1) Ver Chr. Jakob: *Del mecanismo al dinamismo del pensamiento.* Ob. cit.

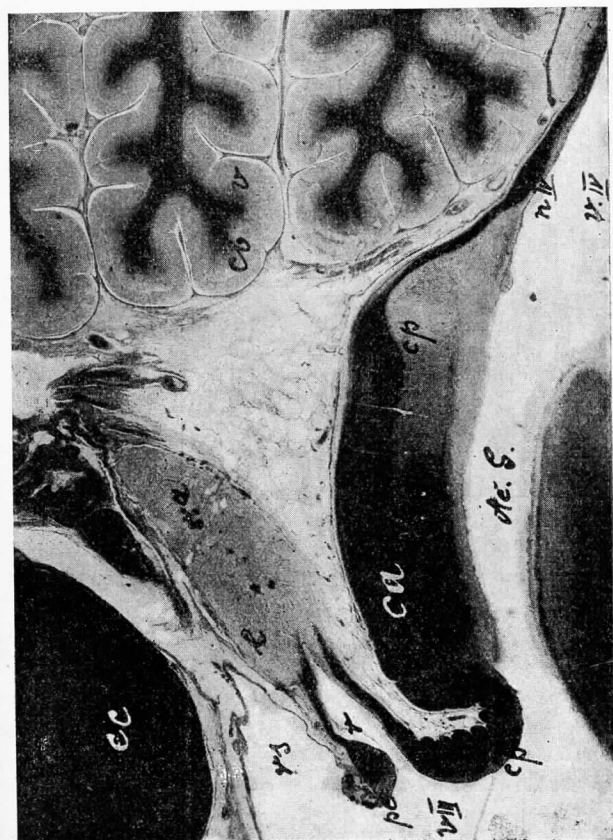


Fig. 7. — Histotopografía de la epíffis (e) del adulto con acérvulo (a) entre cuerpo calloso (cc), cerebello (cb) y cuerpos cuadrígeminos (ca).

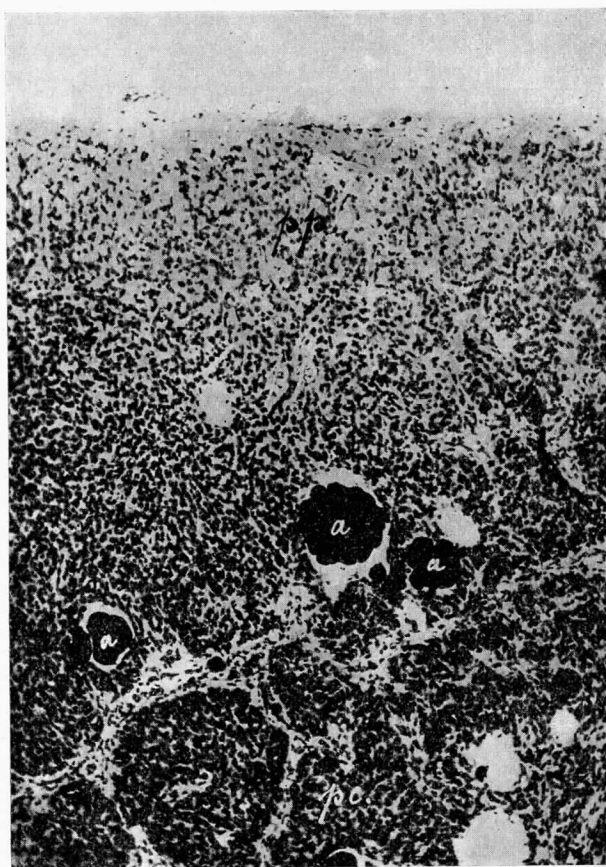


Fig. 8a. — Corte histológico de la glándula pineal mostrando su estructura interna (pequeño aumento).

el “nisi ipse intellectus” (1) donde no afirma nada nuevo, sino que el objeto necesita siempre su sujeto organizado como pensante y Schopenhauer se equivocó al afirmar que la tesis “ningún objeto sin sujeto”, eliminaría totalmente la posición

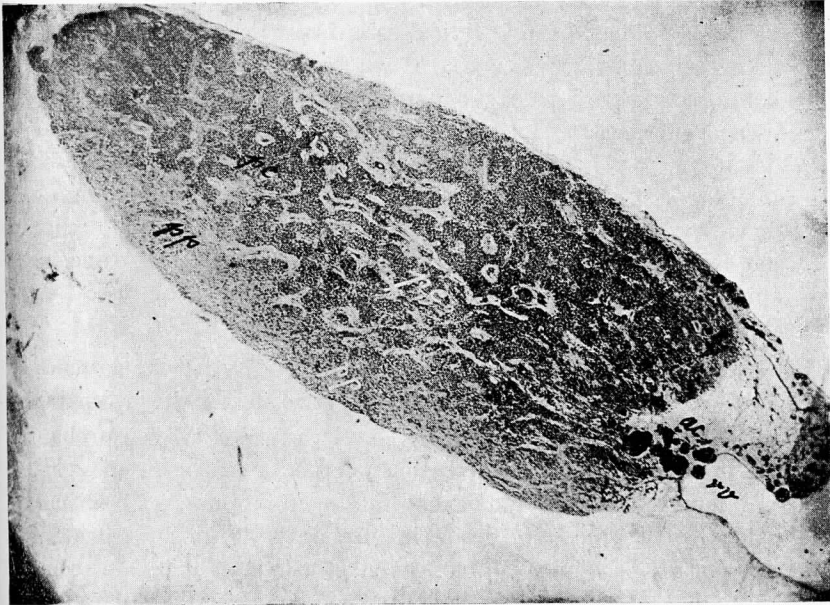


Fig. 8b. — Histoestructura epifisaria con mayor aumento. Parénquima central (pa) y periférico (pp) con concrementos (a) hialinos segregados e impregnados de fosfito de calcio (acervulo).

materialista, porque con igual derecho puede sostenerse “ningún sujeto sin objeto”. El aforismo debería por lo tanto de-

(1) Aquí sería necesario revisar lo que significa en realidad ese intelecto, y veríamos que se trata de una ficción, pues un intelecto en sí no existe, sino “procesos intelectuales”.

cir: pienso en mí (como res cogitante) y luego existo como tal en este momento; pero de ninguna manera resulta de esta argumentación que no podrán existir otras cosas, sean cogitantes o extensas, fuera del *yo*.

d) *Argumentación filosófica*. Por todas estas consideraciones llegamos a la conclusión de que el aforismo no puede servir como axioma “a principio”, ni a favor de la doctrina idealista (sensualista, positivista o fenomenológica), ni de la realista (voluntarismo, pragmatismo, etc.) ni para la materialista o energetista, porque el pensamiento representa un lazo de unión, la síntesis efectiva, entre ambos “mundos”, el espiritual y el material, entre sujeto y objeto, entre res cogitante y res extensa, y con esto se destruye *a priori* todo dualismo filosófico, venga de donde venga; pensar es una función sintética “monística” en forma absoluta, el “pensar puro” es una “contradictio sine objeto”.

Si bien aquí no nos interesa la filosofía cartesiana, tenemos que mencionar, por lo menos de paso, el problema central filosófico que tiene atingencia con la psicología, el “problema de la realidad”. Su discusión por parte de las dos posiciones metafísicas, en apariencia totalmente opuestas, realismo e idealismo, preocupó, desde la más antigua filosofía griega, a todos los sistemas y aparece en el cartesiano bajo el concepto de las “res extensas y cogitantes” que para Descartes tienen igual realidad, si bien de valor distinto. Opinamos que aquí el filósofo está mejor orientado que nuestros actuales hiper-idealistas fenomenologizantes, porque en el fondo, *no* establece una absoluta oposición entre ambas “principios de la realidad” de modo que uno excluya al otro totalmente, de lo contrario, el “alma cogitante” de Descartes quedaría privada del “cuerpo extenso”, con sus órganos de los sentidos y sistemas nerviosos aferentes y eferentes y se vería en serios apuros, pues sin ese material extenso no podría “pensar”, estaría ciega y sorda y privada de sus reacciones, un puro ce-

ro ideativo, una res cogitante impotente; representaría realmente lo que las escuelas fenomenológicas actuales llaman la

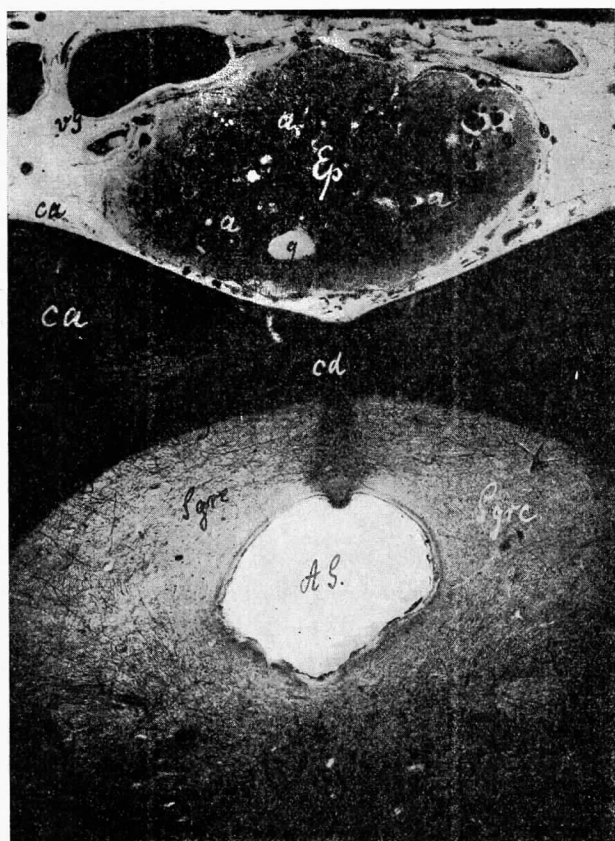


Fig. 9. — Epífisis senil Ep) con gran cantidad de concrementos calcáreos (a) por encima de los cuerpos cuadrigéminos (ca) y Acueducto (AS).

pura intuición (1) o según Kant la “razón vacía”, pues la pobre alma no contiene en tales condiciones absolutamente nada. Felizmente se trata aquí sólo de un “exceso dislógico para no decir *patológico*, que en realidad no existe sino en una forma “puramente fenomenológica”, es decir, imaginativa.

La solución sencilla y natural del conflicto está en las siguientes consideraciones psicológicas parcialmente previstas ya por Descartes: Desde el nacimiento elabora el cerebro humano infantil, con el material de la experiencia sucesiva (extenso según Descartes y dinamizado según agregó con razón más tarde Leibnitz), su esfera del conocimiento infantil de primer grado. Es la posición del *realismo ingenuo monístico*, un mundo de realidades no discutidas, que todavía confunde lo subjetivo y lo objetivo en sus primitivas construcciones provisionarias, llegando recién al segundo grado por el proceso de la distinción progresiva entre lo subjetivo y objetivo: *realismo primitivo dualista*.

El proceso de la purificación sucesiva de la experiencia, hasta ahora individual, continúa hasta llegar al tercer grado del *realismo colectivo*, pues la experiencia de otros (familia, escuela, etc.) se combina y enriquece la individual, corrigiendo errores y estableciendo comunicativamente, comparaciones.

Empieza Descartes, precisamente, el primer capítulo de sus Principios de Filosofía, con la afirmación de que la experiencia infantil debe seguir ese proceso purificante de la “duda” respecto a la verdad y a la realidad de sus ideas confusas y erróneas para llegar al cuarto grado del conocimiento repasa-

(1) El fenomenologismo constituye una rama psicológica interesante si bien unilateralmente desarrollada; en el principio una teoría del simbolismo con sus posibilidades y significaciones, pero se pierde según la escuela de Husserl en la “*reine Wessensschau*” la pura visión de la esencia de lo conciente, en la cual como no debe ser “empírica” no se siente, ni se hace, ni se piensa nada, sino palabras huecas. Tant de bruit por une omelette.

do, rectificado y verificado, en el que el hombre aprende a desconfiar de la realidad inmediata y llega poco a poco, durante su maduración, a la posición del *realismo crítico*, proceso que conduce directamente a la fase “cientificada” en donde los objetos y procesos ya no son tales sino complejos energéticos físi-

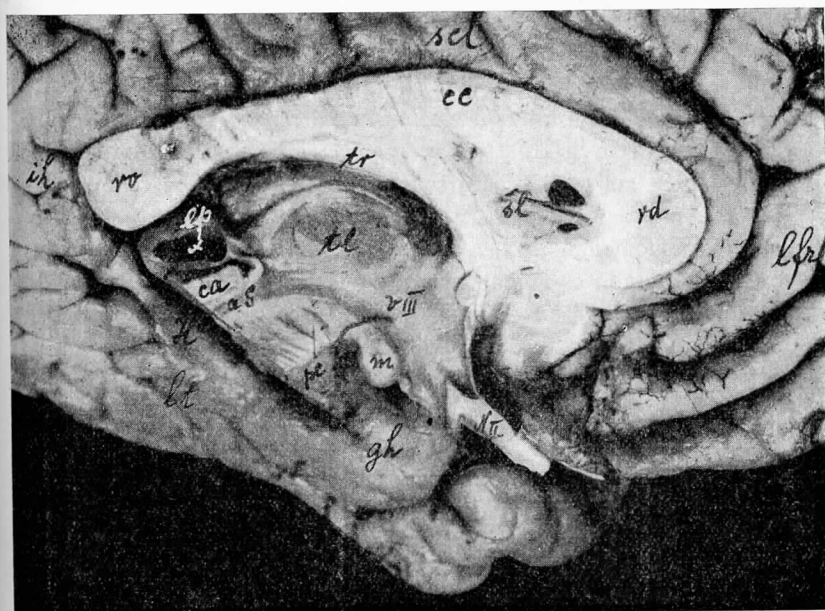


Fig. 10. — Degeneración quística (x) de la glándula (ep) en un adulto.

co-químicos, distintos de su “apariencia” y que sólo debido a la organización de nuestra técnica cerebral, nos impresionan como objetos transformados. Hasta aquí llegaba ya Descartes en parte, y nos hemos movido en una esfera de sana acción constructiva, provechosa, con aplicaciones productivas, útiles para nuestra vida individual y colectiva, lo que comprueba su legitimidad.

Esto cambia si continuamos ahora más allá la revisión del proceso del conocimiento. El individuo comienza a darse cuenta de que en el fondo todo lo que ha reconocido es producto de sus sentidos y consecutiva reconstrucción ideativa, y que de los objetos en sí, inclusive de sí mismo, no puede saber nada más y con esta posición de *rectificación idealista* exacta se llega, por un error de la lógica, a aceptar que todo lo que reconocemos existe sólo en esa forma, *posición fenomenológica*, quinto grado de rectificación, donde las *res cogitantes* se tragan a la postre totalmente a las *res extensas*. Y llegamos así a una esfera improductiva y errónea: porque si bien nuestra experiencia consciente sólo se basa en los procesos fenomenológicos, nada nos enseña y nos obliga a aceptar que sólo los objetos fenomenológicos existen realmente y nada más fuera de ellos, cuando es mucho más provechoso y lógico aceptar que también existen, con el mismo derecho, otras realidades alrededor nuestro y que nosotros mismos pertenecemos a ellas (tanto para nosotros como para otras conciencias).

Este proceso improductivo lleva “lógicamente” a la absurdidad absoluta del *solipsismo*, que según el mismo idealista Schopenhauer sería una locura, de manera que el malsano hiperfenomenologismo (malsano cuando tiende a convertir la realidad psico-fisiológica del fenomenalismo en doctrina metafísica) nos lleva derechamente al manicomio, es un estado realmente paranoico, pues ni aún un sistematizado incurable negaría la existencia real de un vaso de cerveza que bebe, de su hijo que ha procreado o de sus padres que le engendraron (1), declarándolos puros “fenómenos”.

Estos últimos grados de la rectificación del conocimiento resultan pues, perversos y nocivos y no amplifican sino que

(1) Hace veinte años que hemos sostenido (conferencias sobre Biología Filosófica) que cada dolor o contraste sufrido en carne propia, debía curar de los excesos hiperidealistas a un ser realmente razonable.

estrechan nuestra acción vital, porque al fin seríamos nosotros mismos sólo “autofenómenos”, ¿de quién? Pues de nadie, porque no existimos. Llegamos a la disolución del pensar.

Pero, en otra dirección, deberíamos continuar esa purificación progresiva: dudando en forma más productiva de

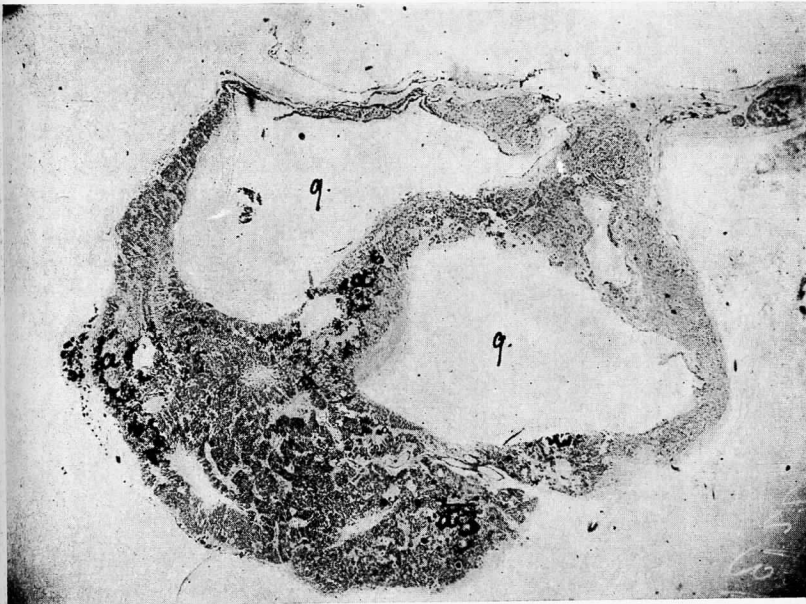


Fig. 11. — Focos quísticos (q) múltiples y acumulación de acérvulo calcáreo (a) en la epífide una mujer senil.

nuestros propios procesos conscientes y del mecanismo y dinamismo de nuestras construcciones ideativas, sobre su legitimidad y significación real que el hiperfenomenologismo, lamentablemente obsecado, acepta tan lisa y llanamente como la más segura base, para levantar su edificio. Y aquí falta por hacer todo, precisamente porque sostenemos que si algo

desconocemos en su constitución en nuestra vida, son nuestros propios pensamientos e inclinaciones, de cuyo real origen y organización sólo con vanas palabras nos solemos ocupar, y sólo la neuro y psicobiología orgánica normal y patológica nos puede guiar progresivamente en forma genética y com-

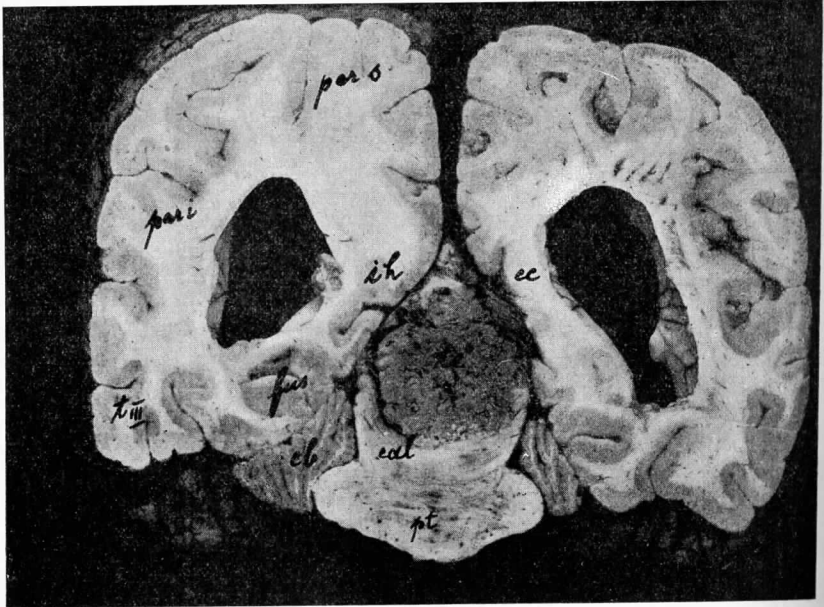


Fig. 12. — Tumor (te) maligno (adenocarcinoma) de la epífisis en un joven de 15 años.

parada a soluciones más aseguradas y provechosas, y así, resultará a la postre, una psicología de realidades y no sólo verbalista, imaginativa, hiperfenomenológicamente alocada (pero no quiero ofender a nadie).

Pasamos del capítulo del “pensamiento” al de las “reacciones afectivas” magistralmente tratadas en forma descrip-

tiva por nuestro filósofo en sus “Pasiones del alma” (*) y es aquí donde se aprecian cabalmente las dificultades insolubles de su sistema. Porque él mismo se siente, aquí, forzado a admitir dos clases de pasiones totalmente distintas: al lado

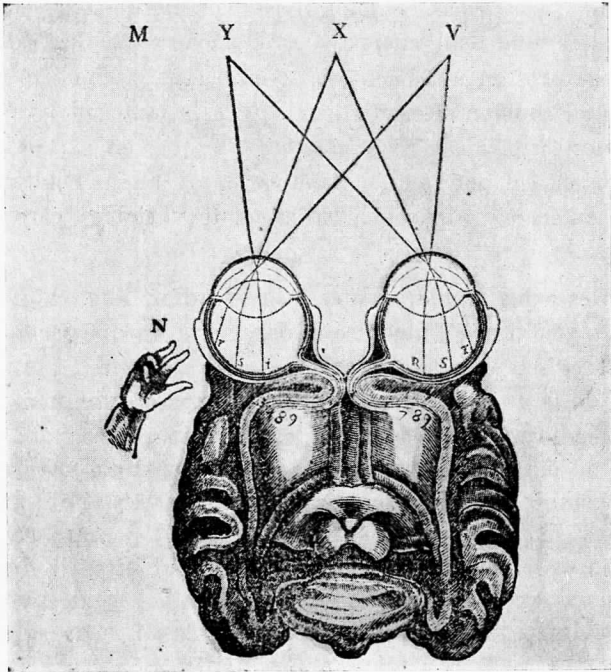


Fig. 13. — Esquema hipotético de las vías ópticas según Descartes, creador de los esquemas posteriores de la conducción neuronal.

(1) El filósofo declara en la introducción a ese tratado que tal tema nadie antes de él haya estudiado a fondo olvidándose que ya Aristóteles en su 2.º libro “sobre la retórica” trata el mismo en forma perfecta y muy parecida, si bien algo más resumida a la de él, (amor, envidia, ira, miedo, compasión, etc.).

de las *res cogitantes* coloca las pasiones superiores (nuestros afectos intelectualizados) como son la admiración, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza, y al lado de las *res extensas* (según él totalmente diferentes!) las pasiones inferiores, como son los apetitos vegetativos, hambre, sed, cansancio, sexualidad y además el dolor. Las primeras pertenecen al alma, las segundas al cuerpo, desconociendo que las dos categorías se prestan igualmente a la intelectualización (p. e. tristeza igual a dolor intelectualizado) o a la materialización (expresiones fisiológicas reactivas, etc.) y que, en el fondo, ambas pertenecen por igual y siempre, tanto al ser cogitante como al extenso y son sólo gradualmente variables pero nunca opuestas.

Si Descartes hubiera intentado estudiar este capítulo en forma “genética”, hubiérase dado cuenta de que las pasiones superiores son formas evolutivas de las inferiores, pero el capítulo de la *psicogenia* no existía entonces en ninguna mentalidad medieval y escolástica. Y es tanto más raro esto, cuanto que él mismo, en su introducción al método, parte precisamente de la psiquis infantil, con sus interpretaciones erróneas, para llegar a la rectificación progresiva del “pensar maduro”, pero no se le ocurre que con la afectividad infantil elemental (según él, extensa) podría pasar lo mismo, es decir, su pasaje evolutivo, natural, sucesivo hacia las formas superiores (cogitantes). De esta manera, los límites establecidos dualísticamente por su sistema, entre ambas, se habrían esfumado y no habría sido necesario recurrir ni al *Deus ex machina*, ni al ocasionalismo, ni a la armonía preestablecida.

Pasamos al capítulo “memoria”. Este me pareció siempre el más interesante en el edificio de su sistema, porque es Descartes el primero que presenta una verdadera “teoría física de la memoria”, apartándose de los verbalismos estériles comunes como son fantasmas, imágenes, residuos, etc. que vue-

lan en el aire de la fantasía de la estéril psicología clásica, desde la filosofía antigua hasta nuestros días.

Analicemos más detalladamente este aspecto de su psicología. Descartes se da cuenta de que la memoria es un proceso activo, un esfuerzo que actúa en forma extensiva (1), por ésto, no podía naturalmente, ser atribuída al alma cogitante, pero es sin embargo, su colaboradora indispensable, tan indispensable que el “alma cogitante” estaría, sin ella, en la más completa inactividad resultando finalmente una verdadera nulidad, con posibilidades nunca realizables ni realizadas; estaría en la situación desesperante de un general en una batalla sin ayudantes que le informen sobre lo pasado y transmitan los órdenes necesarias para la ejecuciones táctico-estratégicas.

Esta función se la representa Descartes en la siguiente forma: Los objetos emiten efluvios (teoría clásica antigua), los cuales, debido a la intervención de los espíritus animales destilados por la sangre (concepto igualmente antiguo), corren por los nervios hacia el cerebro, en el cual existen finísimos poros, canalículos u otras aberturas (usa indistintamente estas expresiones) en los intersticios interfibrilares, los que reciben aquellos efluvios (“des flammes très pures et subtiles”) y los dirigen, según su magnitud, intensidad o proveniencia (por esto tienen que ser “res extensas”) a determinados canalículos nerviosos y sus poros (2) adaptándose éstos, sucesivamente, a sus respectivas “trazas” o “cargas” y dilatándose tanto más cuanto más se les usa. En esta forma, cuando un canalículo recibe posteriormente nuevas trazas,

(1) Ver Jakob. Bases orgánicas de la memoria. Revista de Criminología y Psiquiatría. Buenos Aires, 1935.

(2) Descartes se imagina aquí al cerebro como a un organito con sus diferentes flautas que reciben las impresiones del aire y en otro orden de ideas basándose en analogías con los sistemas de circulación del agua en los surtidores y fuentes artificiales.

éstas encuentran cada vez más accesible su entrada y cada recuerdo, óptico, acústico, etc., distinto, está representado en el cerebro por su correspondiente combinación de tales canalículos adaptados a su respectivo estímulo por la “presión de

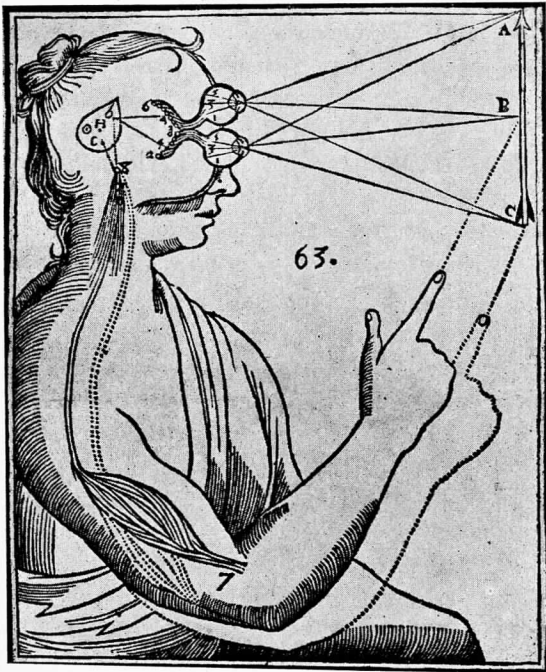


Fig. 15. — Esquema de las relaciones senso-motoras óptico-braquiales según Descartes.

los espíritus”; y así representa Descartes el “acto conmemorativo” de cada caso como obra de colaboración de canalículos dilatados y preparados para la entrada, conservación y salida de los espíritus.

He aquí, señores, una verdadera teoría, basada en hechos

posibles, con pie y cabeza, que podría explicar la función esencial de la memoria y no con palabras huecas sacadas de viejos libros. La teoría contiene lo fundamental: la elaboración activa y la recepción del estímulo, su alojamiento definitivo en forma de un proceso central cerebral así como su posible utilización ulterior por una “reviviscencia secundaria”, encerrada en un concepto sobrio, que en su época no podría haberse elaborado mejor, pues la teoría reúne una activa recepción, acumulación y descarga del material conmemorativo afirmando así el carácter fundamental senso-motor vital de cada proceso conmemorativo (1). Pero todo esto es necesariamente “res extensa” y no puede, por lo tanto, crear la idea; para esto, se agrega ahora el alma cogitante, y así llegamos al último problema a estudiar.

En la primera parte de su filosofía, Descartes se había esforzado en separar totalmente la “res cogitans” de las “res extensa” y ahora, volviendo sobre sus pasos, debe reunir las, lo que logra, naturalmente sólo en forma forzosa. Un lego se preguntaría ingenuamente: ¿pero, porqué no los ha dejado unidas desde un principio? ahorrándose así el trabajo de volverlas a reunir. Se le podría contestar: es que así es el filósofo, crea las dificultades para luego aparecer victorioso, resolviéndolas. El trágico destino de Descartes está en que no logró esta victoria y hubo de recurrir al padre eterno, *deus ex machina*, para salvar su doctrina. Es evidentemente, la parte más débil de ésta; no puede sostener la separación tan absolutamente predicada entre lo psíquico y lo físico: necesita ubicar su alma en la “petite glande” (2) y allí, junto con

(1) Es interesante recordar aquí, que la psicología moderna francesa (Bergson) sólo acepta esto para la “memoria motora” que sería mecánica y corporal, en cambio se reserva para el alma la memoria de las imágenes esos productos de una ilusión fisiológica, que vuelan “metafísicamente” por encima del complejo cerebral extenso, una utopía grotesca.

(2) Así denomina la glándula pineal o epífisis. Como tanto la onte-

esa “pobre criatura” se dobla y mueve hacia todos lados y por consiguiente en el espacio, como algo extenso, para poder

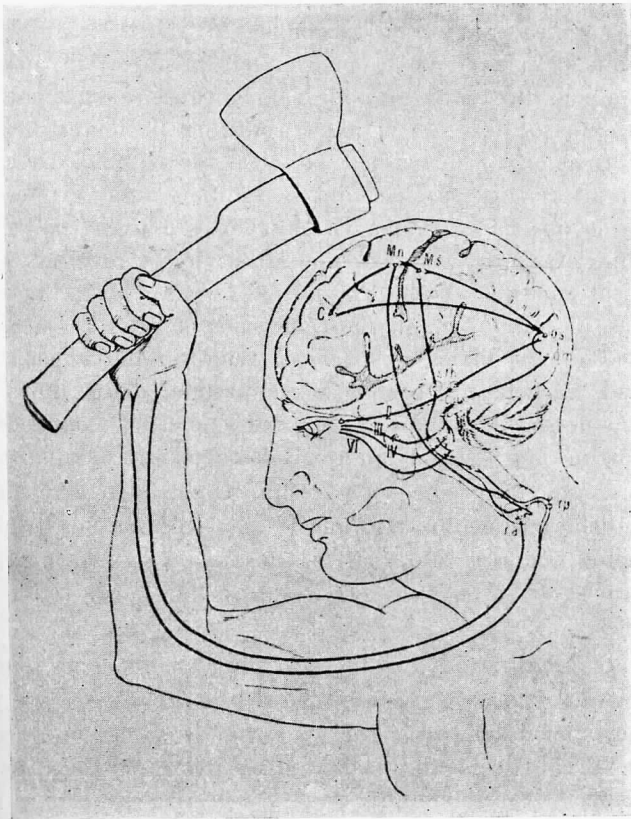


Fig. 16. — Esquema igual al anterior según Bechterew (reflexología), a comparar con la fig. 15.

genia como la filogenia y más aún su fisiología en el hombre hasta hoy ofrece muchas oscuridades, volveremos en la parte ilustrativa sobre ese tema hecho notable por la filosofía cartesiana.

recibir de este modo, desde los canalículos respectivos, los espíritus animales portadores del material experimentado, percibido por los sentidos y fijado en la memoria y el alma debe ahora transformar todo ese “bagaje extenso”, esa “ruda mole” en idea creadora y razonable.

Lo que pasa aquí queda en completo misterio; ni una sola palabra nos dice el filósofo de cómo utiliza el alma ese material extenso; sólo un milagro continuo puede explicar la transformación de lo extenso en idea. Se esfuerza Descartes en demostrar que para eso no se requiere una explicación, porque lo que hace el alma ya lo sabemos *a priori* mejor que cualquier otra cosa, compartiendo así el viejo y profundo error del idealismo que desde Platón ha llegado hasta nuestros tiempos, de que lo psíquico lo conocemos mejor y *a priori* que lo físico que recibimos *a posteriori*. ¡Qué terrible engaño! En realidad, el hombre aprende y comprende, desde niño, mucho más de su cuerpo que de su alma y una gran parte de los filósofos de hoy todavía ignoran solemnemente, o callan a sabiendas, que sus producciones psíquicas son algo muy distinto y mucho más complicado que lo que expresan sus palabras y escritos que con tanto lastre filosófico sólo simbolizan su ignorancia; si hay quienes creen aún que se puede pensar sin cerebro!

Señores: En realidad, está el hombre cuando nace, tan lejos del *caos extenso exterior* como del *cogitante interior*, y si bien, evolucionando, aumenta el radio de su acción-reacción inicial, progresivamente hacia ambos polos por obra de su experiencia primitiva, individual y colectiva primero y más tarde por la aplicación de sus métodos científicos ordenados y perfeccionados, quedará sin embargo, podemos decir “felizmente”, hacia ambas direcciones, más de lo ignorado que de lo conocido, y como el hombre mismo forma parte integrante de ambos principios, reuniéndolos en su organización, tampoco sobre sí mismo llegará nunca al dominio completo

ni de “res extensas”, que forman su organismo, ni de “res cogitantes” que constituyen los elementos y producciones de su psique, y sólo el curso metódico de las ciencias anorgánicas, orgánicas y psíquicas reales y no ficticias en colaboración sincera le guiará en su optimismo idealista e investigador que se apoya en la creencia sana de la legitimidad natural de su “derecho al saber”, a un conocimiento mejor de su alma y de su cuerpo, inseparablemente correlacionados por ser oriundos ambos del mismo óvulo fecundado, partícipes por lo tanto del mismo plasma hereditario y resultando fundamentalmente idénticos dinamismos vitales, diferenciados sólo en su grado de maduración, desde su principio hasta su fin, desde la dinámica creadora de la cigota hasta su despedida en el último suspiro de la agonía, desde el protoplasma somático individual, perecedero, hasta el germinoplasma inmortal.

Señores: Reconocemos así como resultado de nuestro ensayo de psicobiofilosofía genético-comparativa como base común para todos los sistemas filosóficos serios: *la fe natural en la legitimidad del pensar*, que desde Platón hasta Kant y más allá se considera como fundamento sea *a priori* o *a posteriori* y podemos agregar como una *necesidad vital* humana anclada en nuestra estructura psico-orgánica para toda actuación reconstructiva o prospectiva. En la realización progresiva de tal *psicogonia orgánica* están interesados todas las ciencias reales.

Y con esto nos despedimos del ilustre colega y filósofo honrándolo, también en esta Sociedad de Psicología, con motivo del tercer centenario de la publicación de su Discurso del Método, agradeciéndole sus sabias lecciones. Vale, anima pía cartesiana!